



Notas para una intuición

Lucrecio, De rerum natura

Leticia Bravo Banderas

El cuadro pertenece a la colección de pintura del XIX del Museo Nacional del Prado. Se llama *Pequeños naturalistas* (1893). Su autor es José Jiménez Aranda. Contemplo admirada a esos niños fascinados por el escarabajo. Uno de ellos bien podría ser el pequeño Charles Darwin. Lo imagino corriendo del colegio a casa mientras observa intrigado lo que la naturaleza le ofrece en el camino. Es posible que al pequeño Charles Darwin a quien aburrían soberanamente las clases de latín en la estricta escuela del doctor Butler, le hubieran parecido muy distintas las cosas si, en lugar de memorizar versos de Homero y Virgilio (que, según él afirma en su *Autobiografía*, olvidaba al día siguiente), hubiera tenido la oportunidad de acercarse al poema de Lucrecio. Pues ambos, el insigne naturalista inglés y el misterioso poeta latino, comparten el asombro por la naturaleza, la necesidad de respuestas racionales, el entusiasmo y la entrega absoluta a su dedicación, la generosidad de ofrecer a los demás aquello que conocen y también el valor de entregarse a una tarea compleja, de difícil aceptación. Es bien conocido el tiempo y las circunstancias que llevaron a Darwin a decidirse a publicar las conclusiones de su trabajo. Lucrecio, por otra parte, es consciente de la aridez del asunto que desea tratar y de la dificultad que entraña escribir filosofía en latín. Él mismo lo afirma a comienzos del poema - I, 136-145 -. De modo que, al estilo helenístico, se inclina por la forma poesía didáctica para suavizar la materia; o así, al menos, se deduce de su declaración de intenciones en I, 933-950 donde se compara al médico que con miel endulza para los niños sus medicamentos.

El poema didáctico de Tito Lucrecio Caro supone el acercamiento más logrado de la filosofía y la ciencia (cuando aún eran una misma cosa) a la poesía. Es asimismo el poema filosófico-didáctico más extenso y de mayor importancia que nos ha legado la Antigüedad. Consta de 7.415 hexámetros distribuidos en seis libros y, aunque existen datos para pensar que la muerte sorprendió al poeta sin perfilarlo, en conjunto resulta perfectamente estructurado y de una enorme belleza. Supone además un considerable y voluntarioso esfuerzo por convertir el latín en una lengua culta, apta para la expresión filosófica. Lucrecio es, indudablemente, junto a Cicerón el creador del léxico abstracto, del vocabulario filosófico de las lenguas romances, que, en palabras de F. Lisi, resulta "el andamiaje conceptual de la cultura occidental"¹.

El proyecto poético de Lucrecio viene motivado por un deseo que se manifiesta una y otra vez a lo largo de los seis libros que componen el poema: explicar el mundo por sus leyes (*naturae species ratioque*)² (I, 148) para liberar al hombre del miedo a los dioses y a la muerte (I, 921-934; IV, 1-9; V, 1194-1240; VI, 43-95). Aspira el poeta a desterrar el fanatismo y la superstición y para ello se sirve de la doctrina de Epicuro, por quien Lucrecio siente auténtica devoción y al que dedica un buen número de alabanzas y agradecimientos. Podríamos afirmar sin miedo a exagerar que Lucrecio es el gran propagandista de la filosofía epicúrea en latín, aunque el contenido de la obra exige un lector iniciado en el conocimiento de la tradición griega.

Se trata, pues, de crear un poema que sea lenitivo para el alma, camino hacia la tranquilidad, remedio de la angustia. Combatir el miedo con el conocimiento (V, 1454-1457); desvelar las leyes que rigen la naturaleza para vivir con rectitud; descubrir y aceptar nuestro lugar en el mundo para alcanzar la felicidad (I, 146-148).

Coinciden los especialistas en afirmar que los libros I y II contienen la ontología epicúrea (átomos y vacío); el libro III la psicología o doctrina del alma (el alma es mortal); el libro IV la antropología (la fiabilidad del sentidos); el libro V la cómo surgieron la tierra, el celestes y los seres vivientes nacimiento paulatino de la una aclaración de los trata el origen y explicación la descripción de la peste de



el conocimiento percibido por los cosmología (describe con detalle cielo, el mar, los cuerpos hasta el ser humano y, con él, el cultura); el libro VI presenta fenómenos meteorológicos y de la enfermedad (concluye con Atenas).

Ramón Román Alcalá³ "en su *cósmica y de la evolución puntos de vista sobre biología y intuitivamente ciertas tesis que los siglos XIX y XX*". (...) *teoría sobre el origen de la vida evolución elaborada por Darwin*

Tal y como afirma *exposición de la teoría cósmica, así como en sus sociedad, Lucrecio anticipó habrían de ser elaboradas en "Lucrecio sorprende con una muy cercana a la idea de en el siglo XIX"*.

Atrás quedan Hesíodo, Apolodoro y tantas otras cosmogonías que poblaban el universo de divinidades, héroes y seres mitológicos a los que se ligaba indisolublemente la naturaleza con sus ciclos y la vida del hombre con sus limitaciones y grandezas. El mundo, afirma Lucrecio, ha tenido un nacimiento y tendrá un final. La naturaleza misma se basta para existir y no hay que suponer ningún fin más allá del propio desarrollo de sus leyes. Su imperfección, su aparente crueldad (V, 195-199; V, 220 -234) sirven de igual modo como argumento para descartar la intervención divina.

A lo largo del libro V Lucrecio aporta las pruebas que a su parecer confirman sus argumentos. En la última parte narra el surgimiento, primero de las plantas y los animales; después, del hombre y la cultura. Insiste el poeta, en la línea de Heráclito, en el continuo devenir de la naturaleza, en cómo unos seres suceden a otros y en cómo determinadas cualidades hacen a unos más aptos que otros para la supervivencia (V, 855-877).

El factor tiempo es determinante en este proceso. Lejos queda la idea de un mundo originado en su perfección. En el caso del hombre, el desarrollo de la cultura suavizó sus costumbres y usos sociales; las instituciones se explican por la propia necesidad que las hizo nacer. Lucrecio imagina un hombre primitivo más fuerte que el actual, capaz de enfrentarse a un entorno inhóspito (V, 925-987), creador con el correr de los días y las noches, de la familia y la vida social, de la religión; descubridor y manipulador primero del fuego, después de los metales; fundador de ciudades, tejedor, agricultor, músico, observador de los astros y sus tiempos, navegante y, al fin, poeta, pintor, escultor (V, 1448-1457). Subyace en todos estos versos la idea del progreso técnico y, como reverso de la misma moneda, la incapacidad humana para no convertirlo en fuerza destructora. De ahí que haya quienes han querido ver en Lucrecio a un pesimista (el poema se abre con un canto de alabanza a Venus, el amor como fuerza que pone en movimiento el universo, y termina, como ya hemos mencionado, con una estremecedora descripción de la peste ateniense). La guerra, la ambición de riqueza o poder restan libertad al hombre y son fuente de dolor y muerte. Lucrecio hace una llamada al ingenio y la prudencia que hicieron posible mejorar la vida anterior (V, 1105-1107) mostrando la verdad de la doctrina epicúrea como remedio para este extendido mal (V, 1117-1119; V, 1129-1130). He aquí una muestra contundente de la ignorancia a la que el poeta quiere enfrentarse con su obra (en ningún momento del poema Lucrecio abandona el interés práctico de su proyecto). El progreso no es garantía de un mundo más humano.

Conocemos con bastante detalle la biografía de Darwin, apenas sabemos de la de Lucrecio y es muy difícil y absurdo tratar de extraer datos biográficos del poema. De las noticias que nos han llegado surge un Lucrecio, para unos melancólico o pesimista, para otros, hombre práctico y optimista acerca de las bondades del progreso. Sí es transparente en el poema el entusiasmo, la entrega, la vehemencia, incluso, con que defiende y transmite aquello en lo que cree.

En la *Autobiografía* Darwin se define como un niño a menudo abstraído, amigo de largas y solitarias caminatas, apasionado coleccionista de conchas, sellos, monedas, minerales... En el niño que detestaba memorizar versos estaba ya el naturalista.

¿Cómo fue el niño Lucrecio al que tocó vivir uno de los períodos más convulsos y violentos de la antigua Roma?

La filosofía, decía Aristóteles, nace del asombro. No hay elección posible: necesitamos las preguntas.

Pienso en Lucrecio y pienso en Darwin y vienen a mi memoria los versos de otro anciano de noble y larga barba -"Somos la Naturaleza, durante mucho tiempo estuvimos lejos, pero ahora volvemos, (...)"⁴- a quien el asombro condujo por caminos diferentes. "Walt Whitman concuerda con la formulación del cambio y del devenir, entiende que las cosas encierran la posibilidad de transformarse en otras cosas. (...) Walt Whitman dominaba los profundos arcanos del existir; sabedor de que evolución, transformación, metamorfosis, mutación, son grados del cambio, su filosofía, alimentada por su fina intuición, se asentó en el cambio y no en la estratificación"⁵.

*When I heard the learn'd astronomer;
When the proofs, the figures, were ranged in columns before me;
When I was shown the charts and the diagrams,
to add, divide, and measure them;
When I, sitting, heard the astronomer,
where he lectured with much applause in the lecture-room,
How soon, unaccountable, I became tired and sick;
Till rising and gliding out, I wander'd off by myself,
In the mystical moist night-air,
and from time to time,
Look'd up in perfect silence at the stars.*

Walt Whitman, *When I heard the learn'd astronomer*⁶

¹ Lisi, F., "Lucrecio" en Codoñer, C. (ed.), *Historia de la literatura latina*, Cátedra, Madrid, 1997

² Todas las referencias de la obra de Lucrecio pertenecen a Lucrecio, *De rerum natura*, Bosch, Barcelona, 1976.

³ Román Alcalá, R., "El universo de Lucrecio: la desaparición definitiva del modelo mítico-poético", en www.uco.es/fs1roalr/arti/LUCRECIO.COS.doc

⁴ Whitman, W., "¡Durante cuánto tiempo nos engañaron!" *Hojas de hierba*, Edicomunicación, 1988.

⁵ Nolesco Juárez, G., en "Introducción (Estudio crítico)", Whitman, W., *Hojas de hierba*, Edicomunicación, 1988.

⁶ ("Cuando escuché al sabio astrónomo;/ cuando las pruebas, las figuras, se alinearon frente a mí;/ cuando me mostraron los mapas celestes y las tablas/ para sumar, dividir y medir;/ cuando, sentado, escuché al astrónomo/ hablar con gran éxito en el salón de conferencias,/ de repente, sin motivo, me sentí cansado y enfermo;/ hasta que me levanté y me deslicé hacia la salida, para caminar solo,/ en el místico aire húmedo de la noche,/ y de cuando en cuando,/ mirar en silencio perfecto a las estrellas"). Whitman, W., *El astrónomo*, Serres, Barcelona, 2004 (traducción de Miguel Ángel Mendo).

*Leticia Bravo Banderas es profesora de E.S.O.
y Bachillerato*